



ENSAYO

Un pesimismo ardiente

PHILIPPE CHERON

Acaso porque los rigores —que no el rigor— de la escritura académica se vieron atemperados por la relación familiar entre investigador e investigado, la tesis doctoral de Cheron reveló aspectos originales de la búsqueda literaria de Revueltas, quien estaba en realidad alejado del pesimismo que rezuman sus escritos. Hemos hecho nuestro este libro por las vetas que abre para comprender la densidad filosófica de su producción

La obra de José Revueltas corre el riesgo de limitarse a una dimensión única. Hablar de ella equivale a evocar la prisión y hablar de prisión lleva a invocarla. Después de una descripción de la cárcel de Santa María Ixcotel, Oaxaca, de su violencia mortífera, de los castigos corporales reservados a los rebeldes y controlados por un cacique tácitamente aceptado por las autoridades, un reportero escribe: “Todos ellos homicidas hasta la raíz de los cabellos, diría José Revueltas”. Y cita casi textualmente, sin comillas, un breve fragmento de *El apando*.¹ Los medios imitan a Revueltas, y la realidad hace lo mismo cuando se descubre a mujeres tratando de introducir droga en las penitenciarías siguiendo el método de la madre del Carajo. Algo circula entre la realidad y la ficción, y llega un momento en que resulta difícil trazar una línea de demarcación clara entre una y la otra, o saber cuál está en el origen de la otra: “La vida imita al arte mucho más que el arte imita a la vida”, sentenciaba Oscar Wilde.

Si bien es cierto que esa obra es una alegoría carcelaria, que se complace en describir las tinieblas en las que sigue sobreviviendo el ser humano, no se puede limitarla a esto. Mucho más vasta y profunda, se trata de una literatura del encierro y también, de un modo inseparable, de la evasión; de una literatura que aprehende el movimiento de lo real y se adelanta a la teoría, que pone en escena personajes femeninos solidarios, activos, emancipados.

Esa dimensión carcelaria puede explicar la veta “religiosa” que atraviesa muchos de los textos de Revueltas: encarcelado, aislado, quiere relacionar, unir. Toma la palabra *religión* en su sentido etimológico de *religare*: vincular, unir. Enajenado y encerrado en sí mismo, confinado en su epidermis, en su jaula corporal, el hombre busca “evadirse”, comunicar, vincularse a los demás. Revueltas se remite al cristianismo, y en especial al catolicismo, sencillamente porque lo encuentra en su camino, muy vivo, sincréticamente enraizado en lo más hondo de las creencias del pueblo mexicano. En cierto modo, él asumió su vida como una especie de vía crucis materialista: para él la religión es inmanente, y no trascendente; si hay deseo de evasión, es horizontal y no vertical, concierne al autor y a sus semejantes, a su pueblo y, por extensión, a toda la humanidad. ¿Nostalgia de una comunidad primitiva, ideal, proyectada en un futuro terrenal? No, pues en muchos aspectos está más cerca de Hobbes que de Rousseau. Se trata más bien de lucidez frente a lo vano de este género de utopía, porque la suya —y quizá sea la más utópica en nuestras sociedades cada vez más artificiales, obsesionadas por el fantasma de un mundo sin mal, por una felicidad falsa, forzada, por la supresión de todo dolor, el escamoteo de la muerte— exige la resolución de los problemas socioeconómicos para la humanidad entera sólo con vistas a llegar a ser “libremente desdichados”, a acceder al alegre sufrimiento de la conciencia de sí, a sufrir en la dignidad su condición de ser humano por fin conquistada. La férrea voluntad de lucha de Revueltas lo impelió siempre a tratar de superar las series de contradicciones que encontró en su camino, así como también a centrar sus esfuerzos en su capacidad para *religar*. Volvió varias veces sobre esa sed humana de comunicación, tomada aquí en un sentido de cimiento social: relacionar sus contradicciones, pero también la infinita soledad de los hombres.

La tragedia humana —el desgarramiento que conoce todo ser humano entre el sueño y la realidad, entre la utopía y su realización— se ve acentuada en él por su biografía carcelaria. Aspecto esencial de su lucha *bio/gráfica* —para retomar el concepto de Maingueneau que expresa bien la tensión del escritor entre la vivencia (*bio*) y la escritura (*grafía*)— en busca de la verdad como fundamento estético, filosófico y moral, la prisión y el esfuerzo por escapar de ella constituyen el tema “fundacional” de la obra de Revueltas. Ésta puede

considerarse como una proyección del combate que libró durante toda su vida, y por lo tanto como una representación de la condición humana según la concepción que tenía de ella. Mal que bien, el proyecto original se llevó a cabo, con altibajos, adelantos y retrocesos: esa obra se elaboró en la tensión entre este proyecto y la realidad con todas sus dificultades; se forjó en la paratopía propia del autor y ésta, al mismo tiempo, lo orientó. Sin querer reducirla a una dimensión única, la tensión encierro/evasión la estructura de cabo a rabo. La organización carcelaria de su obra —diríamos parafraseando a Sartre en su célebre ensayo sobre Faulkner y la organización temporal de sus novelas— es el punto central de su puesta en escena de una desesperanza fundadora y de la lucha por la libertad: sobre las cenizas de la mentira soviética y del movimiento comunista en el siglo XX se elevan otras formas de lucha, con otros actores, porque sobre las ruinas de la gris teoría y lo obsoleto se yergue el árbol de la vida.

Para Revueltas la resistencia a la opresión se ejerció a partir de cierto momento en dos planos: contra los enemigos pero también contra los amigos, en su caso los comunistas. Aprobó la actitud de un Bernanos que condenó desde el otoño de 1936 a Franco y a la Iglesia, su propio campo, y no aceptaba que un cristiano pudiera admitir el crimen. Así, hubo en Europa, por parte de algunos escritores de derecha —demasiado pocos—, la condena de todo exceso criminal, incluso aquellos cometidos por los suyos; y a la izquierda, en la misma época, el testimonio de Gide sobre el sistema soviético, por ejemplo. En México, entre los escritores militantes comunistas o simpatizantes, Revueltas es un ejemplo tal vez único de rechazo categórico de cerrar los ojos y admitir que el fin pudiese justificar los medios. Al negarse a subordinar su defensa del hombre (y la libertad) a un sistema, Revueltas, marcado por el hierro del sufrimiento y quemado por el fuego de la verdad, salvó el honor de los intelectuales mexicanos de izquierda. Al tener el valor supremo de testimoniar la verdad contra su propio campo (el PCM, la URSS, China, Cuba con el asunto Padilla), revaloró el concepto de compromiso, no con respecto a un partido sino contra cualquier transa, en relación con su sola conciencia: la verdad, la libertad, los derechos del hombre por encima de todo.

La contradicción que Revueltas vivió entre su ideología y su experiencia literaria está en la base de su cronotopo “carcelario”. La recepción de su tercera novela fue una vuelta de tuerca al encierro de su autor, pero fue precisamente cuando algo cambió y cuando, paradójicamente, apareció una brecha en las tinieblas de la celda-dogma. En esto consiste el papel de pivote que esa novela desempeña en su obra (doblemente importante puesto que Revueltas lo eligió al final de sus días como título general de su “comedia terrenal”). Máxime cuando se le añade el caso de “Noche de Epifanía”, que ilustra bien el dilema ideológico-estético en el que nuestro autor estaba sumergido y cómo logró resolverlo. Una vez franqueado ese umbral, encontramos inscritos en sus textos varios elementos narrativos —y no ideológicos— que ejercen una función de resistencia e iluminan un poco la noche claustrofóbica.

Más que sus creencias ideológicas e independientemente de su inquebrantable rectitud ética, la literatura “salva” a Revueltas porque ella es lo que subsiste después del naufragio de esa ideología y del socialismo “real” y, por consiguiente, de buena parte de sus escritos teóricos. Además, su obra literaria refleja el fracaso del sueño comunista que dejó su impronta en el siglo XX, e ilustra la expresión de la tragedia humana vivida por él y por su siglo entre la utopía y la imposibilidad de realizarla; a un nivel más general, es la manifestación de la lucha eterna entre el bien y el mal.

“He considerado el problema de la enajenación y el de la libertad como problemas principales de toda mi problemática marxista”, decía Revueltas, y puede ampliarse esta aseveración a toda su obra literaria. Empalma exactamente con las antinomias prisión/resistencia y dogma/crítica, cuya tensión desemboca en un rechazo de todo dogma-prisión y en la afirmación de una dialéctica fundamentada en la conciencia, en la cual la memoria y el deseo —el eterno empezar de la juventud

aunado al esplendor de la feminidad— desempeñan un papel capital.

Revueltas justificaba su narrativa en 1949 expresando la idea de que los mexicanos “am[an] a la muerte verdaderamente [...]”. En esta actitud se basa todo mi trabajo”. Y distinguía el culto a los muertos en Egipto, que era según él un culto de “lo muerto, lo acabado y extinto”, del de México que es “renovación, reiteración del ciclo eternamente renovado”. La idea de muerte/renacimiento, sin oposición entre esos dos polos, es decir, de muerte-en-la-vida y de vida-en-la-muerte, de que nada existe sin su contrario, estaba contenida ya en esa visión que Revueltas tenía del culto a los muertos en México. Esta confirmación antropológica coincide con lo que revela el análisis de sus textos literarios en el sentido de una resistencia al poder, de una crítica del dogma considerado como lo caduco, lo anquilosado, resistencia y crítica encarnadas por el despertar de la juventud, el poder de la feminidad y la transmisión de la memoria mediante la expresión artística y, de manera más general, la cultura.

La muerte está en la vida por el hecho de que no sólo nos morimos un poco a diario, sino por el “lado moridor” de lo real, que Revueltas ilustró con sus novelas y cuentos. Orientaba por lo demás resueltamente el sentido de la muerte, no hacia el pasado, sino hacia el porvenir: “El oír y ver con los sentidos de la muerte, es decir, del futuro”. El ver con los ojos de la muerte le permitió detectar el movimiento profundo de la realidad, aquel que es invisible para los sentidos groseros y que sólo resulta evidente después, en el futuro, para las generaciones siguientes: el papel del artista auténtico es lograr expresarlo en su obra. La vida en la muerte, a la inversa, proviene de la fe en el brote eterno y de la transmisión a las generaciones por venir de un saber que es el producto de una experiencia y un combate (*agón*).

Tragedia de un comunista, decía Rabadan. Pero no sólo eso: desgarramiento de un escritor oscilando entre la razón y el arte, dividido entre marxismo y existencialismo. Por lo demás, la dualidad prisión/resistencia está en conflicto permanente. Al plantear el problema de la dualidad de lo real, Revueltas interroga la naturaleza misma del hombre, tema de toda gran literatura, y en su obra aquella apunta hacia elementos potencialmente liberadores, aunque éstos no sólo deban considerarse dialécticamente con sus opuestos, sino también ponerse en perpetua tela de juicio. Nada está petrificado en esta obra, el sentido circula siempre entre polos contradictorios y de una contradicción a la otra. Es la expresión de la contradicción de su época y de la realidad en general, que fue el propio drama existencial de su autor.

Nadie sale de la prisión, porque aun cuando logre uno “escaparse” se da cuenta pronto de que ella está en todas partes, que está alrededor de nosotros y *en nosotros*, que es inherente a la condición humana. Algunos creen “salvarse” gracias al dinero, al poder o las pequeñas certidumbres que los protegen del horror al vacío, de la falta de verdades absolutas, definitivas. Pero evidentemente sólo es facilidad o mera ilusión, proclama Revueltas, quien se inclina por una filosofía del sufrimiento lúcido, del pesimismo ardiente. Analiza todo de un modo crítico, discute “hasta morir” cada punto de la teoría, para impedir que se petrifique y se vuelva dogma, para mantener el equilibrio inestable entre lo fijo y lo no fijo. Vimos que para él la estética puede y debe contribuir a impedir que la teoría se fosilice en sistema. Su obra es una búsqueda de la verdad, que es *su* verdad, en conformidad con su conciencia, que no es nunca definitiva ni absoluta; se erige contra el poder establecido y la injusticia, así como también contra su propio partido, contra todo dogmatismo, provenga de donde provenga, lo cual lo pone a salvo de cualquier creencia de tipo dogmático. Si esa obra se inscribe en la inquietud del siglo frente a los procesos de Moscú (“el siglo de los Procesos”), al fracaso del movimiento comunista y al auge irresistible e inquietante de la ciencia y la técnica (“el siglo de Hiroshima y Nagasaki”), hemos mostrado que expresa también el hecho de que se trata del siglo de la liberación de la mujer. Por más disimulada que esté, esta fuerza emancipadora está presente y actúa en el seno de los textos.

La evasión de la cárcel del dogma no resuelve el problema social de la prisión de la miseria y la injusticia, en oposición a aquella otra del confort y el placer mercantilizados. Revueltas tuvo la visión profética de este mundo de fin de milenio y principios del tercero, en el que parecería imposible contener el horror de la vio-

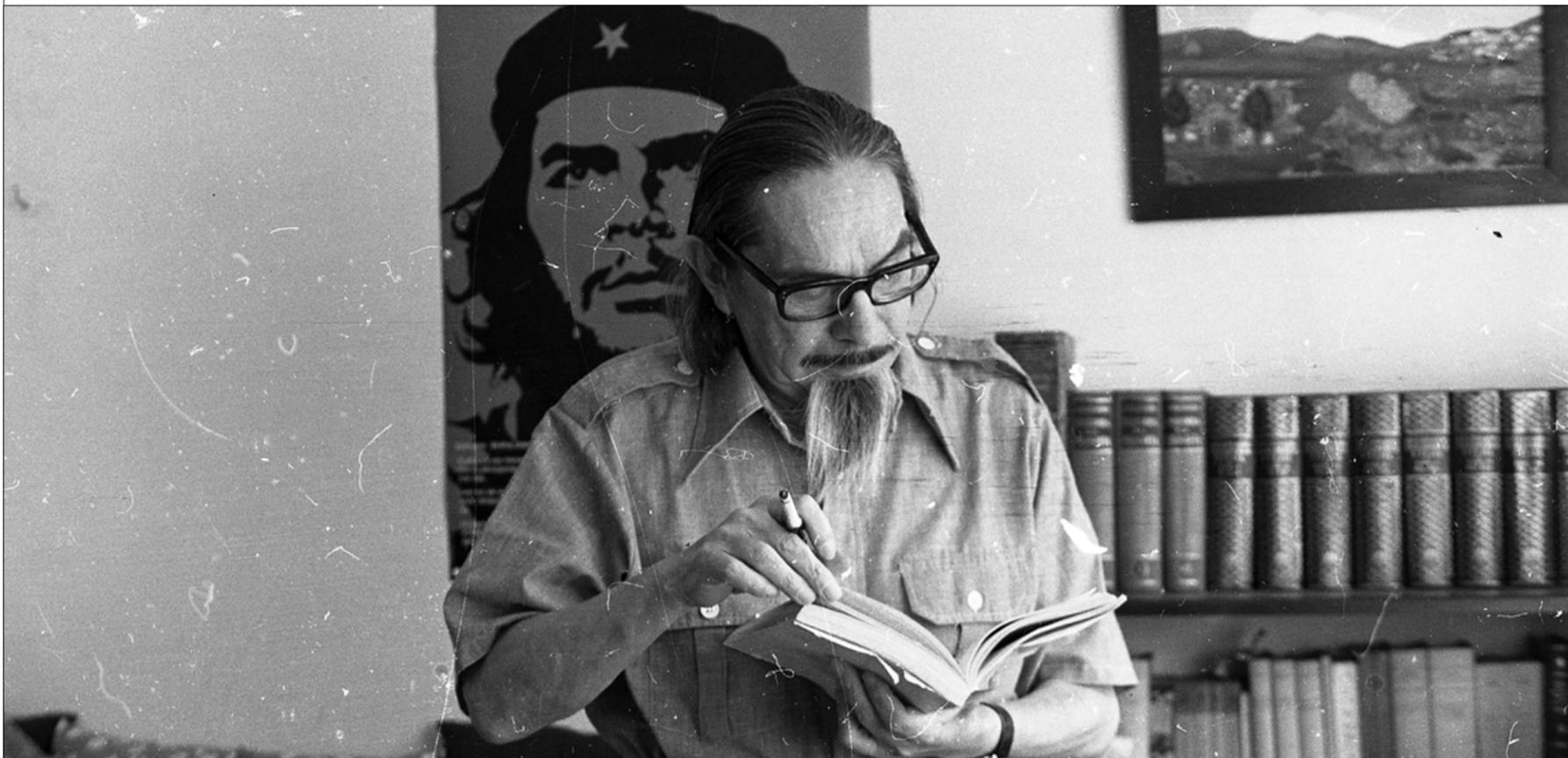


EL ÁRBOL DE ORO
José Revueltas
y el pesimismo
ardiente

PHILIPPE
CHERON

LENGUA
Y ESTUDIOS
LITERARIOS
1ª ed. 214; 318 pp.
9786071622228

1 A. Almazán, *Milenio Semanal*, núm. 64, 16 de noviembre de 1998, p. 51. [Por razones de espacio, omitimos en este anticipo el resto de las notas explicativas y bibliográficas del ensayo.]



Fotografía: © MARÍA GARCÍA (SIN FECHA). FUNDACIÓN HECTOR Y MARÍA GARCÍA, A.C.

lencia social, estatal, étnica, integrista, terrorista, y en el que los éxitos tecnológicos hacen de nuevo levantarse el fantasma del totalitarismo bajo una forma aún más pernicioso con el control informático-genético de la sociedad, que pareciera encarnar la pesadilla revueltiana: la sociedad-cárcel, el mundo-prisión.

Los formidables obstáculos a los cuales se enfrenta la humanidad (desigualdades abismales, fanatismos, dominación dictatorial del *homo economicus* y del poder financiero, riesgos de pandemias, manipulaciones genéticas de consecuencias incalculables, destrucción ambiental, etc.) están colocados, directa o indirectamente, en la órbita de la política y la ideología. Por lo tanto, siempre es del hombre, en última instancia y en grados diversos, de quien depende la posibilidad, o no, de superarlos, cuando menos tratar de reducirlos. Es preciso actuar, nos dice Revueltas, a falta de lo cual su pesadilla será nuestra realidad: el mundo-prisión. ¿Acaso no es ya potencialmente el nuestro, desgarrado entre las violencias de todo tipo, el embrutecimiento mediático, la implementación de un control cada día más absoluto, de un panóptico policiaco cada vez más estrecho y limitante, a semejanza de la entropía espacial característica de sus novelas?

Las penitenciarías de todo tipo lo ilustran, para pobres, para razas “inferiores” o para “clases peligrosas”, así como también los guetos al revés, para ricos que se encierran ellos mismos por miedo y se aíslan completamente, suertes de prisiones doradas que se multiplican en Estados Unidos y otras partes. Calles cerradas, rejas por doquier, miedo de todos contra todos. Esa visión de un mundo carcelario se ve confirmada asombrosamente por los análisis de un sociólogo como Loïc Wacquant en el sentido de una franca evolución de nuestras sociedades modernas hacia un “social-panoptismo”. Impresionado por la multiplicación desmesurada de la población carcelaria y de la cantidad de gente fichada en Estados Unidos (casi un tercio de la población masculina), Wacquant señala que “a la atrofia deliberada del Estado social corresponde la hipertrofia del Estado penal”, y que “lejos de contradecir el proyecto neoliberal de desreglamentación y del languidecimiento del sector público, el irresistible ascenso del Estado penal norteamericano constituye su negativo”. Estas consideraciones prolongan la concepción de “tejido carcelario de la sociedad” propuesta por Michel Foucault e ilustrada por nuestro autor, quien hacía la relación entre poder y energía nuclear, sociedad y prisión, enajenación y mercancía.

Sin embargo, ese panoptismo “integral” nunca debe hacer olvidar el otro polo de la tensión: la resistencia al encierro. Una de las grandes figuras de la literatura hispanoamericana del siglo XX, Ernesto Sabato, tan próximo a Revueltas en ciertos aspectos, tituló su libro último, precisamente, *La resistencia*. Esta coincidencia conmueve y reconforta. La literatura —tomada aquí en el sentido amplio de la palabra, ensayos incluidos— puede y debe, entre otros objetivos y a su manera, ayudar a resistir a la barbarie, a la deshumanización.

Es una de las enseñanzas de Revueltas: la resistencia contra viento y marea, la crítica permanente, independiente de cualquier poder, así como también el rechazo de la separación entre lo vivido y lo escrito, entre el arte y la razón sin absolutizarlos, la esperanza siempre renaciente en el marco de la eterna lucha de los contrarios, la voluntad humana en acción y capaz de controlar las pulsiones destructoras, de oponerse a la desesperanza.

Toda la vida / obra, la *bio/grafía*, de Revueltas, en casi todos sus momentos y aspectos, es una apasionante ilustración de esa lucha perpetua, de ese *agón* y de su propia contradicción: la acción y la escritura, indisolubles, se sostienen y completan mutuamente. La tensión permanente entre esas dos facetas de la realidad, opuestas e inseparables, estructura sus textos, su visión del mundo, su pesimismo ardiente; forma parte íntegra de su escritura y le da su sentido. A igual distancia de una concepción textual de la vida (la experiencia literaria en la torre de marfil) y de un activismo de cortos alcances, la *bio/grafía* de José Revueltas es un buen ejemplo de la praxis humana siempre victoriosa, ya que, parecida al fuego de Heráclito, ésta es indomable y vuelve a surgir eternamente.

Por lo demás, esta dialéctica estaba magníficamente anunciada por lo menos desde 1943 por el bello verso de Alberto Quintero Álvarez colocado como epígrafe de su segunda novela: “Porque la muerte es infinitamente un acto amoroso”. Su obra puede ser percibida como una espléndida alegoría de la tensión prisión / evasión, un poco a la manera de *El mundo alucinante*, de Reinaldo Arenas, inspirado en la vida aventurera de fray Servando Teresa de Mier, de quien Revueltas era gran admirador y que hubiera podido decir también: “Mi vida no ha sido más que un salir de una cárcel para entrar en otra”. No obstante, pese a todo, cuando se encuentra “otra vez, como siempre, [...] en una cárcel”, la resistencia, y la esperanza, están presentes: “algo hacía que la prisión siempre fuera imperfecta, algo se estrellaba contra aquella red de cadenas y las hacía resultar mezquinas e inútiles. *Incapaces de aprisionar...* Y es que el pensamiento del fraile era libre”.

Lo que cuenta en definitiva es que, ante la desoladora certidumbre de la nada, ante la imposibilidad de volver a encontrar o construir un paraíso cualquiera, no le queda al ser humano más que una tarea, un deber: seguir buscando sin descanso los pocos signos que puedan dar un sentido a su paso por la tierra. En todo caso, como eco al epígrafe de Jean Rostand colocado al inicio de *Los días terrenales* (“Yo soporto solamente la desesperanza del espíritu”), siempre puede citarse otra agudeza del mismo Rostand: “Todas las esperanzas están permitidas al hombre, incluso la de desaparecer”. No sabemos si Revueltas la conocía, pero de seguro le habría encantado, tan dotado como lo era para practicar esa forma de resistencia que es el humor.

De hecho, está la constante de la concepción revueltiana de la estética: aquella visión goethiana del

arte considerado como una expresión de la Vida en su fantástica profusión contradictoria, de la exuberancia de lo real. Constituye una base sólida para entender el hecho de que la literatura permanecerá como la parte que emerge del *iceberg* en el que seguirá reverdecido el árbol de oro, el “bosque de las letras” (Juan Goytisolo), a pesar del frío de la teoría que, como el hielo, es el no color. Es una muestra de la capacidad de aquélla, la literatura, por penetrar más hondo —a su modo, que no es el de la ciencia— en la esfera del conocimiento, por adelantarse al raciocinio.

Si sólo han de permanecer desechos y un poco de polvo (“polvo y basura”, *El luto humano*) levantados por el soplo del paso del fanatismo humano en la tierra, esas escasas huellas permanecerán: “aquellos pasos [...] perdurarían por los siglos”. Esas ruinas serán las obras, en particular lo escrito, el Texto. Y en cuanto a ese polvo, el propio Revueltas lo califica al citar libremente en su último ensayo el célebre verso de Quevedo: “serán ceniza, mas tendrán sentido; / polvo serán, mas polvo enamorado”. Arqueología de la acción y de las pasiones humanas, la búsqueda del “acto profundo”, es decir, la Historia y lo que permanece como memoria, como huellas, encuentra con naturalidad su expresión en lo narrado.

Resulta grato concluir con una nota dinámica el estudio de una obra considerada desesperada y desesperante. Y esto a partir de los textos literarios mismos. Al destapar el cono (la “garganta”) del W.C., vimos que el narrador en primera persona del singular de “El reojo del yo” permite la evacuación. Como ésta se relaciona con su capacidad de autoprocreación, autoriza también la circulación de la vida y por lo tanto, en la textualidad, la del sentido. De ahí la posibilidad, en “Ezequiel”, de la acción y la afirmación de la praxis en la “madera del mundo”. Así, al procrearse y afirmar la circularidad narrativa, el narrador demuestra que tiene el control de la vida; esto es, tratándose de textualidad, de la escritura: puede autoprocrearse a voluntad, se ha reintegrado, reunificado (yo y el otro) en la linealidad circular (en forma de espiral) de su Relato (su obra), y de tal suerte escapa al tiempo al recobrarlo en estado puro (lo que llama acto profundo, inmemorial), al recuperar el ser en sí del pasado. Puede decirse entonces que la experiencia literaria de José Revueltas (*bio/gráfica*, texto y contexto, escritura “sobre su propia piel”) es su Tiempo recobrado. ◀

Philippe Cheron es uno de los más reconocidos estudiosos de la obra de Revueltas y fue coeditor de sus Obras completas, que aparecieron bajo el sello de Ediciones Era. De él publicamos este mes El árbol de oro. José Revueltas y el pesimismo ardiente, al que pertenece este ensayo.